ANTONIO BUERO VALLEJO

UN POEMA Y UN RECUERDO

Lo conocí y me piden que cuente algo de él. Pero recordar que fue amigo del creador excepcional es a menudo vanidosa petulancia, bollo apetecible que muerde el vivo mientras el muerto sigue en su hoyo. Tal es la inevitable trampa de las conmemoraciones, que intentaré soslayar en lo posible dejando hablar antes que nada al propio Miguel, cuyas palabras siempre valdrán más que las mías. Sea, pues mi principal contribución a su cincuentenario y a la recopilación de su obra completa la publicación de un poema suyo inédito hasta hoy. Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia me hicieron notar, con anterioridad a la primera publicación de este artículo en *Ínsula,* el texto del poema había aparecido ya en la *Obra escogida* del poeta editada por Aguilar, si bien comprobé que sin título y con un verso suprimido. No era, pues, inédito al transcribirlo yo, pero me consta la autenticidad de mi versión (N. del A.). Luego, pues que parece obligado, diré algo de su autor lo más sencillamente que pueda.

VALS DE LOS ENAMORADOS Y UNIDOS HASTA SIEMPRE

No salieron jamás
del vergel del abrazo.
Y ante el rojo rosal
de los besos rodaron.

Huracanes quisieron
con rencor separarlos.
Y las hachas tajantes
y los rígidos rayos.

Aumentaron la tierra
de las pálidas manos.

Precipicios midieron,
por el viento impulsados
entre bocas deshechas.
Recorrieron naufragios,
Cada vez más profundos
en sus cuerpos sus brazos.

Perseguidos, hundidos
por un gran desamparo
de recuerdos y lunas,
de noviembres y marzos,
aventados se vieron,
como polvo liviano
aventados se vieron,
pero siempre abrazados.

Conocí a Miguel superficialmente en 1938. El azar nos reunió luego desde diciembre de 1939 hasta septiembre del siguiente año, y entonces intimamos. De esas fechas procede el «vals» anterior. Sometidos a estrecha y numerosa convivencia, separados de nuestros familiares, vivíamos días de nostalgia y de esperanza. Un amigo le pidió algo para el álbum que, destinado a su mujer, preparaba; tocóme a mí dibujar en el mismo libro el retrato de quien lo pedía. Miguel escribió aquel «vals» para darle un poco de dulce música a una pareja humana cuya entrañable unión le constaba. Es un poema de clara resonancia quevedesca, pero sincero. Referido a otro matrimonio, del suyo propio hablaba; separado de Josefina, en el pesar de otras separaciones idénticas fundía el dolor propio. Había dicho, mucho antes, al parecer:

Aunque bajo la tierra
mi amante cuerpo esté
escríbeme a la tierra,
que yo te escribiré.

Ahora reafirmaba su voluntad de trascender la muerte, si a ella se llegara, como «polvo enamorado»; con aquella fatal vocación de vida que tantas veces le llevó en sus poemas a recordar la fosa. Poeta vital y, por ello, trágico, en aquella circunstancia trágica encontraría su cumbre: la de sus incomparables poemas últimos.

Asumir conscientemente un destino trágico es faena para pocos. En ese sentido, a Miguel puede llamársele héroe con total propiedad. Ya había dicho antes:

que el morir es la cosa más grande que se hace.

Después, en sus poemas premortales, alcanzará la más desnuda y lúcida hondura. Son versos que ya no cantan ni rugen: dicen solamente. Y nos traspasan aún más que cuando su autor cantaba y rugía. Ignoro si fui el primero en escuchar su «Sepultura de la imaginación». Quizá la tuviera ya compuesta, pero a mí me dio la impresión de que, trabajada durante la noche, me la confiaba verbalmente una mañana. Entre «piedras» que ya no eran «de pluma», y «muros» (no «mares», según repetidamente equivocan las transcripciones) que ya no eran «de pájaros», comenzaba él la final agonía de su vida:

> Aquel hombre labraba su cárcel. Y en su obra
> fueron precipitados él y el viento.

Dirá también en otro poema:

> Yo, que creí que la luz era mía,
> precipitado en la sombra me veo.

Tragedia. Mas, como tal, irrevocablemente esperanzada cuanto más honda sea. Por eso termina:

> Pero hay un rayo de sol en la lucha
> que siempre deja la sombra vencida.

Así asumía poéticamente su destino el heroico Miguel. Pero el hombre no era inferior al poeta. Un recuerdo de aquellos días da, para mí, la medida de su magnitud humana.

Elogiábamos su obra unos pocos amigos y le augurábamos una maravillosa continuidad. Con palabras recatadas que parecían velar un pensamiento aún no maduro, díjonos él que tal vez no escribiría más y que, de alguna manera todavía no bien determinada, volvería al campo y a él y a sus afanes dedicaría su vida. Esta reacción «tolstoyana» nos desconcertó, y , por supuesto, se la combatimos. Pero la calma con que siguió aventurando su oscura idea nos convenció de que era sincero. Sincero, aunque contradictorio, pues, si bien de tarde en tarde, siguió creando. Una interpretación correcta de aquella perplejidad suya no es fácil; para mí sólo es claro que no puede atribuirse a un simple desánimo, a un hipotético repliegue causado por las duras consecuencias personales de una parte de su anterior labor poética. Aquel era tiempo de reflexión para todos, más raramente de desánimo; y que él no era un desanimado estaba fuera de duda.

La vida literaria es, en gran parte, un conjunto de dolorosas capitulaciones. Escritores que pugnaron vanamente se preguntan un día, ante las dificultades o el fracaso, si escribir merece la pena. Y otro día se convencen de que no era esa la verdad de su vida, y abandonan la pluma. Esas amarguras nos

rodean de continuo, y acaso mañana sean nuestras. Sólo respeto y simpatía merecen. Pero son reacciones comunes, forzosas en cierto modo.

Cualquiera que fuese la razón final de aquellas palabras de Miguel, una cosa es clara: las decía un gran poeta reconocido como tal y que estaba gestando algunas de sus más grandes creaciones. Plantearse en condiciones tales la posibilidad de no volver a escribir poesía es el privilegio de un hombre excepcional, superior a su obra. Sospecho lo que en realidad se preguntaba: si, como hombre a secas, no tendría objetivos más altos que buscar o, también, formas de servicio a sus semejantes más auténticas. Claro está que la poesía era su manera de realizarse y de servir, y, si hubiera vivido, es evidente para nosotros que nos lo habría seguido probando. Pero la duda, egregia y libre duda, era suya.

Que aquella duda no procedía de parálisis anímica alguna, sino de un leal replanteamiento interior de su verdad humana, me lo confirmó tiempo después al decirme:

—Mañana, tú y yo tendremos que hacer cine juntos.

Tampoco creo que fuera una decisión firme. Pero él pensaba y buscaba. Estaba poniendo su existencia entera en una implacable balanza, y nosotros recibíamos, de tanto en tanto, algún indicio de aquel magno proceso interno. Un proceso trágico, de cara a la muerte, pero orientado hacia la vida.

Cuando la muerte se lo llevó, yo no estaba ya a su lado. Desde entonces, lo releo a menudo. Me dejan indiferente los análisis de sus obras, la observación de sus presuntos excesos retóricos, porque para mí es Miguel Hernández un poeta *necesario,* eso que muy pocos poetas, incluso grandes poetas, logran ser. La más honda intuición de la vida, del amor y de la muerte brota de su fuente como de esas otras pocas fuentes sin las que no sabríamos pasar y que se llaman Manrique, o San Juan de la Cruz, o Fray Luis, o Machado... Como ellos, él sobrenadará en el olvido de los años innumerables, sostenido por la realidad esencial de sus «jornaleros», de su «escoba», de su «cebolla», de su «sudor», de sus «besos», de su «luz», de su «sombra»... De todas esas cosas que él ha revelado y que, por verdaderas más que por literarias, me invadían cuando visité su pobre tumba. Míos hice yo entonces sus versos a otro muerto querido:

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte.

Pero el nicho silencioso, la tarde callada, me impusieron el recuerdo de otro abismático verso suyo, que yo grabaría un día en aquella humilde lápida:

Me llamo barro, auque Miguel me llame.

[*Ínsula,* n.º 168, Madrid, nov. 1960]